

Leoncio Guerrero M.

El Fantasma



LOS campesinos oyen hablar de un personaje siniestro y vengativo. Es un fantasma que se les aparece a todos. Toma diversas formas. Ya es un señor alto, de gruesos anteojos, de voz grave y señorial; ya es un regordete, lampiño, vestido de pantalón rayado y vestón negro, de voz meliflua, sencillote y chabacano que admite cuanta «coima» quieran hacerle y gusta del sabroso vinillo de las bodegas; ya es uno disfrazado de huaso, con poncho y chupalla y giros campesinos. A este hay que temerle, porque es «malero». Algunos dicen que este personaje multiforme vaga por las viñas y sementeras midiendo los terrenos, calculando las cosechas.

—¡Ya anda un jote por ahí revoletiendo! ¡Cuidado!—comentaban en corrillo unos huasos.

—No ha de ir muy lejos el futre. Pa llegar aonde está el alambique va tener que sudar la gota gorda primero.

—¡Por diosito, hombre, y yo que no he cancelado las últimas contribuciones!

—Eja nomá. Del suelo pa bajo no habrís de pasar. N'ues mucho lo que se llevarán al fin y al cabo los ociosos esos.

—Ahora no se gana ná con el trabajo. Too se va en pagar contriuciones y contriuciones.

—Y toos los días están cambiando. Yo no entiendo naíta de como hay que pagar ahora. Creo que tienen que revaluarme el terrenito. A lo mejor me trampean, compadre:

—Y hay que ver lo apuraos y guapos que están. No esperan n'iasí siquiera. Al tiritito lo rematan a uno. Ya ven lo que pasó con la madre del finao González. La vieja no quiso pagar las contriuciones y además no l'izo caso a los que le advertían que corría peligro de perder su casita. «Pa qué—decía—¿Qué me han dao a mí pa que les pague?».

—Puchas, qué bruta la vieja, iñó.

—Re bruta, iñó. ¿Y ejó perderse el terrenito?

—¡Claro, pul! Estos no s'iandan con apequenás. La echaron a patás. La casita está ahora abandoná y el campito lo mesmo. Da pena ver la viñita.

—Es un criadero de lagartijas. Pero ya creo que le anda haciendo punta el rico pa agrandá su fundo.

—Pero eso gallo quiere que se la regalen. Es de agallas el ñato...

En realidad, el Fisco ha ido traspasando las pro-

piudades rematadas a los morosos a unos pocos «ricos». Los rústicos no entienden de los enredos de leyes y contabilidad que exige tiempo y empleados con preparación especial. Los impuestos son hieráticos, inexorables. No toman en cuenta ni la pobreza de la tierra, ni que hay épocas, después de una sequía en que no tienen qué llevarse a la boca. ¡Qué tiempos terribles pasan sobre ellos! Pero el señor Impuesto, implacablemente, se deja caer de improviso sembrando el pavor.

La conversación rodaba lentamente en el grupo sobre este tema, saltando de boca en boca, yendo y viniendo las réplicas y sugerencias. Salía torpe de los labios enmostachados para hacerse aguda y mordaz, temerosa o fatalista.

Hace algunos años, antes de que se dictaran las leyes sobre alcoholes, en todas las regiones de la costa se extraía el aguardiente. El aguardiente era el motor y el alma de los rudos peones de las chacras, de los carrilanos, de los patronos. «Hacer la mañana» con abundante gárgara de ardiente líquido, que los soldados de la colonia llamaban eufemísticamente «las onces», formaba parte de la alimentación del día. Guardaban damajuanas y más damajuanas en las bodegas, debajo de los catres, detrás de los muebles en bruto. Una a una iban siendo destapadas y consumidas en la «copa» de la mañana o mezcladas en la sabrosa taza de leche del desayuno. Pero en los «enguindados» llegaba a su apogeo. Las mujeres eran maestras en el arte

de prepararlos. En una botella «guatona» o en una damajuana pequeña, a la que se le había quitado el gastado mimbre, se echaban las pequeñas guindas de rulo, rojas, retintas. Los chiquillos las cogían haciendo malabares en las retorcidas ramas de los árboles. Tanto comían como colectaban. No era raro que uno de ellos se hinchase de tal manera que había que prepararle infusiones de paico o de poleo para aliviarlo de los retorcijones. Vaciado el aguardiente, se tapaban bien los envases y... a enterrarlos en un lugar secreto. Allí, en la intimidad, se intercambiaban sus cualidades para convertirse con el tiempo en algo delicioso. ¡Qué fiesta para el paladar cuando se abrían las primeras botellas! ¿Y qué no se podía decir en alabanza de las guindas «borrachas»? Los mucháchos se «panuncaban» a escondidas de los mayores, a pesar de que no era difícil reconocer después el origen de sus mareos y vómitos.

Además, el aguardiente era el medicamento obligado, pues se hacía uso de él para lavar y desinfectar heridas, compitiendo con el matico. También los dolores de muelas, de cabeza, de los músculos eran aliviados con sus cualidades resolutivas. El olorcillo se esparcía familiar por la pieza del enfermo, contribuyendo a sostenerlo moralmente.

El aguardiente se preparaba en cualquier parte. Grandes alambiques con sus ventradas calderas y sus tubos—retorcitos insectos mecánicos—iban destilándolo gota a gota. ¡Con qué delectación se ponían las bo-

cas para recibir, aun ardiente, el agua mareante y exquisita! Un suave embotamiento exigía después que se recostasen sobre el pasto, entre los arbustos enredados. Así, tendidos, continuaban mirando el agüita rubia como iba condensándose en gotas, lentamente, del ventrudo manantial alimentado por el fuego crepitante. Alrededor había grandes montones de orujo que llenaban el ambiente con un picante olor. Algunas abejas, atraídas por él, revoloteaban zumbando. Los zorzales —puntos negros al fin de las frases del silencio— bebían también aguardiente en la copa del aire aromado.

¡Ah!, pero años más tarde, se quiso «proteger a la raza del uso y abuso del alcohol», de acuerdo con los principios moralizadores que preconizaran que «que el alcohol retarda la digestión».

Desde entonces, han pululado por aquellas regiones los personajes siniestros que son el terror de los labriegos. Los enormes insectos de tentáculos retorcidos, segregadores de aguardiente de alto grado, fueron implacablemente perseguidos y casi aniquilados por la ley. No fué posible, para aquellos pequeños propietarios, pagar los altos impuestos que les permitieran continuar destilando. Eso quedaba para los grandes y ricos hacendados. Y como restos de una hecatombe están los mohosos tubos, las destripadas calderas arrumbadas en las orillas de las cercas o en las hondonadas recubiertos por la flora trepadora. Mas, contra siete virtudes, siete pecados. Los que no quisieron renunciar a las bon-

dades del aguardiente, ni a los estimulantes traguitos mañaneros, ni a la leche aromatizada, instalaron sus artefactos en los riscos y quebradas más inaccesibles de las montañas, hasta donde la ley, cómoda y ciudadana, no arriesga sus zapatos de charol y sus pantalones de fantasía. Para llegar allí es necesario ser introducido por un «baqueano». Los alambiques están protegidos por ramazones de boldos, chilcos, sietecamisas. Debajo corre el arroyo saltarín y anémico. Apenas algún senderillo casi invisible, se arrastra hasta estas cuevas en donde se guarecieron los cuatrerros que «carneaban» las reses robadas. Y, a pesar de todas las leyes y multas, el aguardiente continúa destilándose gota a gota y llenando el aire con su aroma de vida.

—Este año vamos a sembrar el tabaco en esa «ladera». Le da más el sol y los animales no pueden entrar. El año pasado plantamos allá...— Y la sarmentosa mano del viejo indicó una veguita a orillas del río.

—¡Con lo caro que están los «pitillos» ahora en el pueblo!, n' uay ni que pensar en comprarlos—agregó la vieja.

—El tabaco de la comaire, ¡qué se dió bien! Las hojas eran d' este güelo—comentó el marido gráficamente, alejando las manos para indicar la dimensión.

Quedaron silenciosos los dos viejos esposos sentados a la orilla del barranco. Los matorrales de plantas silvestres—vello del puvis de las montañas—ocultaban el arroyuelo que bajaba ruidoso.

—¿Tenís un pucho que me dis?—gruñó al marido con su voz de hombre, la anciana.

—Algo parece qui' hay p'uaquí...—contesta éste—y lentamente extrae de la profunda cartera un rollo de hojas secas de maíz. Le da a una la forma de rectángulo con su cuchillo podador, alisándola, domándola con el lomo. Del otro bolsillo saca la «petaca» en que guarda el tabaco picado. Con los dedos de la mano izquierda sujeta, abuecándola, la hoja. Con los de la derecha coge un puñadito del tabaco, lo esparsa parejamente a lo largo, por el centro de la canal. Se coloca la tabaquera debajo del brazo y procede a envolver la hoja cuidadosamente. Liado el pitillo, lo dobla en una punta y lo enciende, apretándolo entre los escasos dientes amarillos. Da sus puchaditas, saboreándolo, y se lo pasa a la vieja, que ha seguido con paciencia la larga operación de preparar el pucho. Ahora es ella la que goza arrojando el humo hacia lo alto, mientras sujeta el pucho de la curiosa manera como lo hacen las viejas de nuestros campos. Entre chupada y chupada, observa de nuevo como su marido empieza la monótona tarea de liar un nuevo cigarrillo. Luego son dos las lucecillas que se encienden y se apagan, se encienden y se apagan, primero la del viejo, luego la de la vieja, así como han vivido. En silencio persiguen con sus ojos una barca que se escurre río abajo, al impulso de sus graciosas velas blanca hinchadas de viento puelche.

En todas las huertas había un rincón reservado a la plantación de tabaco. Lo cuidaban con esmero, porque sabían que las grandes hojas amarillentas que iban llenando el aire con un olor acre, eran para ellos la certidumbre de un invierno de placer hogareño. A la orilla del fuego, en los días de inactividad o de lluvia furiosa, después del mate, las puchaditas harían descansar el alma. O en la noche, cuando la velita de sebo danzaba en las paredes de adobes sin rebocar. O para los dolores de muelas y cabeza que curaban con un par de puchos pegados en las sienas.

Aun no había llegado la prohibición de plantar tabaco, ni las severas multas por las infracciones, ni los Inspectores de Impuestos Internos con sus golpes de autoridad. Pero, cuando menos lo pensaron, tuvieron entre ellos todos estos achaques ciudadanos. Algunos reemplazaron su tabaco fuerte por el insípido y adulterado tabaco de fábrica, que venía, vanidoso, envuelto en paquetitos de colores y adornados con mem Bretes. El «fuñingue» Imas se hizo popular con su envoltura amarilla y cabeceada. También fumaron el tabaco Toro comprado a granel o en grandes paquetes para confeccionar el cigarrillo «por hacer» que envolvían en la hoja de papel de trigo cortado en libretitas. Después, han fumado de todo. Bueno o malo. Hasta alguno que otro cigarrillo aromático—regalo de un visitante—ha mezclado su exquisito olor con el no menos del campo maulino. El obsequio más valioso que se le puede hacer a un campesino, es llevarle paquetes

de tabaco o de cigarrillos. ¡Qué cara de felicidad la de los pobres viejos cuando los parientes o amigos del pueblo, se los ofrecen! ¡Es material para largas farras de pitadas!

Otros, contraviniendo toda prohibición o sencillamente porque no conocen tales leyes vedatorias, siguen cultivando el áspero tabaco casero. Por aquí y por allá diminutos cuadraditos decorados con los verdes o amarillos, según el proceso de maduración, quedan en los rincones de los huertos. Los viejitos que ya conocemos, raras veces habían dejado de cultivar sus «plantitas de tabaco pa la casa». Y sea porque el campito de ellos estaba muy apartado y enclavado en la montaña o porque algunos inspectores no tomaban en cuenta la minúscula infracción, el caso es que nunca fueron molestados. Con esta confianza sembraron también ese año.

Pero, se había «pasado el soplo» de que se destilaba y cultivaba tabaco clandestinamente en Pichamán. Como respuesta un señor alto y seco, vestido de negro, usando grandes gafas sobre su arqueada nariz, acompañado de dos carabineros, subió un día por la empinada senda que lleva a las casas enclavadas en las montañas. Gran alboroto. Se escondieron las damajuanas, se disimularon las plantaciones de tabaco con ramas de espino y se enviaron recados a los destiladores de las lejanas hondonadas.

El tipete representante de la ley, sudoroso, renegando en tono mayor, rojizo de polvo su flamante ter-

no y sus acharolados botines, llegó a las primeras casas. Más que saludó, gritó. Las buenas gentes no hallaron qué contestar ante su aire de perdonavidas.

—¿Dónde queda la casa de un tal Valenzuela?

—Naita sabemos nosotros, caballero.

—Talvez será la casa de on Custo la que busca.

—Huasos brutos,—insulta ante las respuestas evasivas y continúa su camino azaetado por las miradas irónicas de los solidarios campesinos. Los carabineros, que son del lugar y conocen a la «gallada» no saben si reírse o «echar al agua» al buscado. Optan por lo primero, pero a hurtadillas, porque el «jutre» traspira y lanza ternos a diestra y siniestra ante el deterioro inevitable de su pulcra indumentaria. Cuando llega al corredor de la casa de don Custo, ya no puede más. Se deja caer en el banco.

—Buenas tardes—murmura secamente.

—¡A ver, carabineros, procedan! ¡Registren la casa!—ordena luego.

Los vecinos, que habían acudido a la novedad, lo miraron asustados. Uno que parecía más íntimo, le gritó:

—No somos ninguno lairones pa eso. S'ía equivo-
cao parece.

—No hagan caso. Aquí está la orden.

Los carabineros no se quieren más. Derriban la endeble puerta de la bodega que ya habían olfateado con su seguro instinto de nativos. Don Custo se vió obligado a salir de su escondite ante lo grave de la situa-

ción, pero perplejo, no se defiende. Los sabuezos salen luego con sendas damajuanas llenas del buscado aguardiente.

—¿Qué dice de eso Ud., señor?—pregunta el inspector triunfante.

—¡Que... que este!...—se atropella el aludido.

—Ni esto ni aquello, ahora vamos a ver cómo le va a ir conmigo. Y desafiando con la mirada a los curiosos:

—Todos éstos también han de ser infractores y ya les llegará su turno.

Mientras tanto, los carabineros alneiaban las damajuanas que van encontrando por los rincones de la casa. ¡Qué ganas de abrir una y echar su traguito tenían! Pero, ¡puchas!, que era seco el caballero. Ni por la sed que él también debía tener se compadecía de ellos.

—¿No hay más?

—No, señor inspector. Hemos buscado, pero no se divisa ninguna más que las que hay ahí.

—Y a todo esto, ¿qué dice Ud. señor?

—Es un aguardientito que teníamos pa la casa—se disculpa el dueño, temblando ante la multa que le llevará sus ahorritos, las entradas del año, dejándolo casi en la miseria. Se imaginaba la multa el pobre...

—¿En dónde lo destilaron?—volvió a la carga el «jutre».—Si me dicen dónde, los perdono—agregó capcioso.

No, no, eso no lo dirían jamás. Sabían que les des-

truirían el alambique y que no tendrían dinero para comprar otro.

—Bueno, bueno, no hay caso cortó el inspector—
¿Su nombre? Queda notificado. ¡Ahora, vacien las damajuanas, carabineros!

Estupor general. ¡Botar el aguardiente! Comprendían que se lo llevaran y lo aprovecharan, pero botarlo... ¡Perderlo sin «beberlo ni tomarlo»! ¡Puchas, el «jutre» ensoberbeció! Una mujer, indignada, dijo que había que darle de palos al «guarapalo», aludiendo al aspecto físico del inspector.

—¡Ya dije!... ¡Boten al suelo el aguardiente!

Los carabineros no tienen más que obedecer. El líquido gorgoritea al escaparse por la estrecha boca de la damajuana. Un olorcillo incitante se arrastra y exita a los circunstantes, que no pueden explicarse aquello. La tierra agrietada bebe con fruición. Los ojos de don Custo y sus familiares lagrimean de rabia, tristeza e impotencia ante la majestad de la ley que así, tan torpemente, desbarata sus esfuerzos por ganarse la vida. Primero, los impuestos; luego, el hombre y sus necesidades...

Cumplida la orden, el «jutre guarapalo» ordenó:

—Ahora, ¡vamos! Ya nos veremos las caras.

Y se alejó olímpicamente con la satisfacción del deber cumplido, bajando a grandes zancadas el sendero que tanto lo torturó. Al pasar por la casita del bajo, lo saludó una viejecita con el azadón al hombro.

— Buenas tardes, mi señor . . .

— Buenas tardes—contestó secamente el «jutre». —
¿Qué hace por aquí?

— Aquí estamos, pos, caballero, aporcando estas plantitas.

— ¿Qué plantitas son esas?—oteando el aire.

La viejecita algo sospechó del peligro y asustada, no respondió. Entonces el inspector saltó por sobre la cerca derruida y arrancó una mata para examinarla: La huele, la quiebra, duda, pero luego se convence:

— ¡Esto es tabaco! ¿No sabe que está terminantemente prohibido plantar tabaco y que cae en severas sanciones al contravenirlo?

La vieja nada entendió de la jerigonza cultista del caballero, pero contesta por decir algo, temblando:

— ¡No señor, mi caballerito!

Ante la miseria que revelaba la viejecita, el inspector debió pensar que no había de dónde sacarle la multa, por lo que se limitó a ordenar a los carabineros que arrancasen todas las plantas de tabaco del cuadrado. La vieja los dejó hacer. Frente a los escombros de las matitas, fruto de sus afanes, se le llenaron de lágrimas sus cansados ojos. No dijo una sola palabra ni en su defensa, ni de injuria. No se le ocurría de que había gente tan mala que viniese a destruirle sus plantitas de tabaco, su consuelo. Cuando se fué el inspector le siguió con la vista hasta que desapareció al bajar a la línea. Después lo veía y no lo veía, según

si pasaba por los terraplenes, como un fantasma. Sí, era un «apareció» que dejaba «la pelería» no más por donde pasaba. Un fantasma que tomaba muchas formas para aterrar a los confiados campesinos ignorantes de las complicaciones de las leyes. Pero un fantasma muy interesado por el dinero, tan escaso para ellos.

Cuando llegó el viejo a darle la noticia de lo que había presenciado donde don Custo, lo comprendió todo al ver las matas dispersas y la cara compungida de su mujer.

—¡Mala suerte, vieja, no! ¡Cuando viene una, no viene nunca sola!

La viejita no pudo contestar al momento, mirando las plantas sacrificadas y los hoyos en donde hasta hacía poco crecían tan lozanas, gracias a sus cuidados, gimió:

—¡Mis pobres matitas! ¡Mis pobres matitas! ¡Qué vamos a pitar ahora!

Las quería como a sus hijos, pero el hombre malo que viene cuando menos se le espera, personaje multiforme, voraz, que allá en el pueblo habita una gran casa donde tabletean las máquinas de escribir ametrallando los intereses de los ciudadanos, se las mató, como había esparcido por la tierra el útil y sabroso aguardiente de don Custo. Son incontables sus víctimas. Es más temible que el bandido y los cuatreros que hoy han desaparecido para dejar a la ley en toda su majestad y triunfo.

Y claro... primero los impuestos; luego, el hombre y sus necesidades.